

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *El trabajo*, por María del Pilar Sinués de Marco.—*Plegaria de la infancia*, (poesía) por Doña Antonia Diaz de Lamarque.—*El señor de Tavaneros* (conclusion), por D. Antonio de Trueba.—*El que de ageno se viste...* (poesía) por D. José Fernandez Espino.—*Las cosas inútiles*, (conclusion), traduccion de D. José Marco.—*Modas*, por Pamela.—*Esplendación de la hoja de patrones*.

EL TRABAJO.

I.

Muchas veces me he preguntado á mí misma por qué nos quejamos de la ley que Dios nos impuso al nacer, en justa retribucion del pecado de nuestros primeros padres.

Muchas, al ver en torno mio la tristeza, la impaciencia que la inevitable necesidad de trabajar causa á algunas personas, me he dicho:

—Esto es injusto; es rebelarse contra uno de los mas sábios preceptos del Criador.

Y sin embargo, yo tambien algunas veces me he sentado en mi camino con el alma fatigada y el espíritu falto de valor para cumplir la inmutable sentencia grabada en las puertas de la vida.

—Ganarás el pan con el sudor de tu frente:—le dice al hombre.

—Sufrirás penalidades sin cuento, y participarás de las fatigas de tu compañero:—le dice á la mujer.

Pero el desaliento no puede dominar por mucho tiempo á las almas cristianas, y la mia ha salido en breve de ese marasmo doloroso, hijo de la fragilidad de la humana naturaleza.

He vuelto los fatigados ojos á esa augusta compañera que se llama razon, y ella me ha tendido su poderosa mano para prestarme apoyo, y me ha mostrado el rayo bienhechor de su mirada, que disipa todas las tinieblas.

AÑO I.—NÚM. 2.

Entonces he visto que Dios, hasta en sus castigos, se muestra paternal, y que en el fondo mismo del dolor ha puesto la fuente del consuelo, del mismo modo que un amoroso padre deja, como al descuido, en un rincon del encierro de su hijo culpable, un nutritivo y sabroso manjar, que haga llevaderas las horas del aparente ayuno.

Una de las pocas dichas verdaderas de la tierra es el poder decir:

—Esto, que poseo, lo debo á mi trabajo; al santo, noble y honrado trabajo.

Estas palabras y la conviccion de la idea que encierran, compensan todas las fatigas de la laboriosidad mas estremada y mas dura.

Jóvenes y amadas lectoras mias, no envidieis jamás á los ociosos: las leyes divinas se han de cumplir, á despecho de todos los ardides humanos, y el que no trabaja materialmente, el que se hantia de sus deberes y los rehuye, trabaja de un modo invisible y mucho mas doloroso. Se sujeta á la tortura moral del fastidio, y abre en rededor suyo el vacío del sepulcro.

¿Hay algo comparable á esa frialdad que invade á los ociosos; y que es la nada del alma?

El escritor, el pintor, el músico, el artista en fin, es mucho mas dichoso el dia que termina una de sus obras que juzga buena, que el hombre que hereda de repente una colosal fortuna.

El trabajo es el lenitivo de todos los dolores de la vida; los mas crueles pesares se alivian cuando estamos activamente ocupados, y hay veces que los olvidamos del todo.

Mas dichosas sois vosotras, bellas y modestas jóvenes, el dia que estrenais un lindo traje cortado y hecho con ele-

MADRID 16 DE ENERO DE 1864.

gancia por vuestra mano, que la opulenta heredera, á quien cada semana le lleva dos su modista, sin costarle el poseerlos otro trabajo que pagar la crecida cuenta que le presentan.

A vosotras siempre os queda el inocente orgullo de que os admiren en vuestra obra, llevada á cabo con tanta constancia coma actividad: os queda el alegre deseo de emprender otra nueva, y la conviccion de vuestra habilidad y primor que cada dia puede aspirar á mas complicadas empresas, librandoos del hastio, enemigo mortal de la mujer.

¡Cuánto realza las gracias de una jóven, sea cualquiera su estado, el verla entretenida en un bordado, ó en una labor primorosa!

Si es aun libre, ¡qué buena esposa promete ser!

Si es ya esposa y madre, ¡qué buen ejemplo para sus hijos!

Jamás olvidaré la adorable figura de una jóven costurera, que vivia enfrente de una habitacion que yo ocupaba cuando era niña.

Habitaba con su madre, pobre anciana á la que mantenia con el fruto de su trabajo, un cuartito situado bajo el tejado como el nido de una alegre y jóven golondrina.

Solo tenia una ventanita muy estrecha, á la que alegraba, calentándola, un rayo de sol.

Allí la hallaba cosiendo el primer resplandor del dia, en el invierno, á la luz de su pequeño quinqué, pues se levantaba á las cinco en todo tiempo.

Cuando la aurora resbalaba su plácida luz sobre sus cabellos castaños, apagaba ella la artificial y presentaba detrás de los limpios cristales su adorable busto, que parecia modelado por la mano de las gracias.

A través de sus párpados inclinados, se veia reir en sus grandes ojos un rayo de juventud: su tez pura y rosada era fresca y limpia como la flor que se abre en las auroras de mayo.

Poco despues de apagar su lámpara, es decir, cuando ya penetraba bastante claridad en la habitacion, dejaba su asiento, peinaba, riendo, sus largos cabellos, y gozosa con su belleza volvía á sentarse, para coser al son de su dulce cantar.

Cuando su madre se levantaba, dejaba su labor para dedicar algun tiempo al cuidado y aseo de la anciana, y ense-

guida arreglaba y limpiaba su alegre nido, dando saltitos como andan por el campo las palomas torcaces.

Despues, cuando se ponía su traje de muselina en el verano, ó de lana oscura en el invierno, se asemejaba á la diosa de la juventud y del amor.

Habia tal encanto en aquella jóven, que dejaré las últimas pinceladas de su retrato y algunas otras consideraciones sobre el trabajo, para el artículo de nuestro próximo número.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

PLEGARIA

DE LA INFANCIA

EN EL PRIMER DIA DEL AÑO.

Ya en la elevada torre el bronce herido
Vibrante anuncia que la noche acaba,
Y que sonrie en su primer destello
La ténue y pura claridad del alba.

Un año mas, un año desaparece
En el abismo de la edad pasada,
Y un año mas tambien, en el sendero
De mi vida apacible se levanta.

¡Oh! ¿qué me aguarda en él? ¿Dichas? ¿Pesares?
¿Mentidas ilusiones? ¿Esperanzas?
¡Quién sabe!... Acaso el postrimero sea
De mi existencia silenciosa y grata.

Eterno Sér, que dones infinitos
Sobre la tierra con amor derramas,
Y, padre tierno, bondadoso acojas
De tus humildes hijos las plegarias;

Deja que á tí mi espíritu anhelante
Fervoroso tender pueda sus alas,
Y que, en el año que comienza, impetre
El soberano auxilio de tu gracia.

No te pido alcanzar los falsos dones
Que la ambicion frenética idolatra,
Ni apurar, de placer enagenado,
La dulce copa de la dicha humana.

Señor, de los autores de mis dias
Tierno y piadoso la existencia guarda;
Ellos en este valle de amargura
Son el sosten de mi inesperta infancia.

Haz que el amor ardiente que tes debo
Venturosá pagar pueda mi alma,
Y no infecundos los desvelos sean
Con que anhelantes por mi bien se afanan.

¡Ah! sí: mi rudo entendimiento abre
A la luz del saber: guía mi planta
De la instruccion por la difícil senda
Que sábios preceptores me señalan.

En el estudio mi ventura encuentre ;
Sus triunfos ambicione , y entusiasta
Util anhele ser en lo futuro

A mis queridos padres y á mi patria.
Mas á la vez el mísero amor propio,
La presuncion , la vanidad insana ,
Que á los mortales ciega y estravía ,
De mi inocente corazon aparta .

La modestia , Señor , mis pasos guie :
Ella es la antorcha misteriosa y clara
Con que el ageno mérito admiramos
Contemplando á la vez nuestra ignorancia .

Jamás la envidia ponzoñosa y fiera ,
Del ódio injusto y la calumnia hermana ,
Que perfidias inspira al que la acoje ,
En mi pecho encontrar pueda morada .

Haz que de mis queridos compañeros
Los adelantos amoroso aplauda ,
Y goce al contemplar los premios justos
Que en su constante aplicacion alcanzan .

La caridad me anime : que ambicione
Aliviar del que sufre las desgracias ,
Y á la vez hallar eco no consiga
La vil maledicencia en mis palabras .

No desmaye en el bien . Jamás , Dios mio ,
La ruin mentira de mis lábios salga ,
Y en mi espíritu nunca dejar pueda
La impureza fatal su horrible mancha .

Aliéntame , Señor . Haz que ante todo
Reine en mi corazon la fé sagrada ,
Que en mis penas te invoque noche y dia ,
Que cifre mi consuelo en tu esperanza .

Y al terminar el año que hoy comienza
Tranquilo á tí levante la mirada
Sin que la negra sombra de la culpa
La estrella eclipse de mi dulce calma .

Mas ¡ah! soy frágil : si el error acaso
A indignos hechos por mi mal me arrastra ,
Haz que escuche la voz de la conciencia
Y vuele ansioso á reparar mi falta .

¡Soberano Hacedor! ¡Padre clemente!
¡Tierno acoje y propicio mi plegaria!
No te pido otro bien... Si fiel te sigo,
¿Qué mas ventura que la paz del alma ?

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

EL SEÑOR DE TAVANEROS.

(Del libro inédito *El Valle del Ibaizabal.*)

(Conclusion.)

II.

En 1770 figuraba muchísimo en Vitoria un caballero que se firmaba «Don Rafael de Floranes, señor de Tavaneros.»

Hacia apenas dos años que había llegado allí, y habiéndose captado las simpatías de las personas mas notables de la provincia, entre ellas el erudito y laborioso cronista del pais vascongado don José Joaquin de Landazuri y Romarate, tenia franca entrada en todos los archivos y no habia persona que poseyese papeles curiosos que no se los facilitase, con tanto mas motivo cuanto que aquel caballero era persona muy docta y aficionada á las cosas de Alava, cuyas antigüedades se proponia ilustrar.

Aquel caballero debía ser rico, por cuanto así lo hacian sospechar su aristocrático título, que había heredado recientemente, su porte y su desinterés.

En cuanto á su desinterés, no ofrecia duda alguna. Es verdad que el señor de Tavaneros obtenia un respetable lucro de las comisiones que, ya la provincia, ya el cabildo colegial, ya los particulares, le daban, hoy de arreglar un archivo, mañana de escribir una memoria, esotro de contestar á los que sostenian que la diócesi de Calahorra había hecho bien y retebien en irse anexionando la vascongada, pero no admitia por estos trabajos recompensa alguna en vil metal sino en alguna vajilla de plata, algun buen reloj ó algun otro obsequio de los que no deshonran á los caballeros de suposición como aquel era.

Hay que hacer justicia en todo al señor de Tavaneros: su estilo era un poco pesado y mazacote y su método confuso; pero como el hombre tenia un memorion atroz y trabajaba como un negro, su erudicion era vasta aunque no profunda.

Los alaveses, amantisimos de las glorias vascongadas en general y de las alavesas en particular, vieron el cielo abierto cuando vieron que todo un señor de Tavaneros se encargaba desinteresadamente de sacar á relucir hasta las glorias mas escondidas de Alava; y con aquella sencillez, que les es propia, se mataban los pobres por demostrar su agradecimiento al sabio montañés que les decia:—Poco he de poder yo ó han de tener ustedes catedral con su obispo y todo.

Dicen que Vitoria es tierra un poco fria, pero el señor de Tavaneros con buen calor trabajó mientras estuvo allí, como lo prueban las siguientes obras que salieron de su pluma y se conservan

casi todas inéditas en la Real Academia de la Historia:

«Glorias selectas de la M. N. y M. L. provincia de Alava.» (Manuscrito en 19 hojas en fólío, dedicado á la misma provincia.)

«Catálogo de los antiguos gobernadores de la provincia de Alava.» (Manuscrito en cuatro pliegos.)

«Antigüedades y memorias de la M. N. y M. L. provincia de Avila.» (Manuscrito en 18 hojas.)

«Iglesia de Armentia y catálogo de los obispos de Alava.» (Manuscrito de 65 fólíos.)

«Usurpacion de la sede de Armentia por los obispos de Calahorra en 1089.» (Manuscrito de 54 fólíos.)

«Nueva usurpacion, que dura en el dia, del obispado de Armentia, por don Rodrigo Cascante, obispo de Calahorra entre los años 1183 y 1189 y actas de resistencia en las provincias de Alava, Vizcaya y Guipúzcoa contra los obispos de Calahorra por su intrusion en la silla alavense.» (Manuscrito de 67 fólíos.)

«Restauracion de la silla de Armentia en 1181.» (Manuscrito de 34 fólíos.)

Tales fueron los trabajos que ocuparon en Vitoria al señor de Tavaneros, á quien animó mucho el clero alavés á ocuparse con tal insistencia en la cuestion del obispado de Armentia. Cierta que estas obras eran opúsculos de cortas dimensiones, pero en ellas brillaba la gran erudicion que su autor poseia.

No fueron estos los únicos escritos del señor de Tavaneros. Además de las obrillas genealógicas que escribió para los Salazares y otros señores de Bilbao, cuando su sueño dorado era calzarse la placita de procurador del corregimiento de Vizcaya, escribió un «Discurso critico sobre la situacion y límites de la antigua Cantábría,» y otra porcion de menudencias que se conservan en su *coleccion* de la Academia de la Historia.

El señor de Tavaneros murió en Valladolid en 1801 con el consuelo de haber devuelto con usura las indirectas á los vizcainos.

Espliquemos esto último.

Las obras de D. Rafael de Floranes, señor de Tavaneros, son el arsenal á donde acuden por armas todos los que tratan de herir al pais vascongado.

Los Riscos, los Tragguas, los Llorentes, todos los *vascófobos* acuden á la

coleccion de Floranes para sostener, ya que las Provincias Vascongadas no formaron parte de la antigua Cantábría, ya que las Provincias Vascongadas no fueron nunca independientes, ya que la lengua vascongada es un dialecto de mala muerte, ya en fin, que no vale tres cominos todo lo que mas aman y veneran los vascongados.

Y como Floranes fué un cantor de las glorias vascongadas, vaya usted á decir á los señores *vascófobos* que el canto de Floranes era el de la Sirena.

¡Pobres historiadores alaveses cómo se dejaron seducir por aquel canto! Porque es de saber que los que en Alava se dedicaban á los estudios históricos y creyeron encontrar en el señor de Tavaneros un hermano leal que los ayudase á caminar por las tenebrosas vias de la antigüedad, encontraron un detractor: Landázuri se vió acusado por el señor de Tavaneros de que habia robado á este sus manuscritos, é Ibañez, Gorostiza y Goti fueron víctimas de una calumnia que sería terrible á no ser ridicula.

Sépanla nuestros lectores y asómbrense de la tontería que acompaña á veces á la mala fé. Cuenta el señor de Tavaneros, que asociados Ibañez, Gorostiza y Goti, fabricaban códices en que se decia lo que ellos querian decir; los intercalaban subrepticamente en los archivos de los monasterios de Laturce, Herrera, San Millan de la Cogolla y otros; estos falsos códices se iban viniendo á las manos de los padres archiveros; los padres archiveros iban gozosos á dar parte del hallazgo á los historiadores alaveses, y el hallazgo pasaba por serlo de una pieza que contaba la friolera de ochocientos ó mil años y como tal se celebraba.

¿Qué les parece á ustedes la destreza de los picarones fabricantes de códices que se la pegaban nada menos que á los padres archiveros de Laturce y San Millan de la Cogolla?

Recemos un padre nuestro porque Dios haya perdonado al señor de Tavaneros.

ANTONIO DE TRUEBA.

El que de ajeno se viste....

En alegre pensil, verde y frondosa
Una ortiga soberbia, que ocultaba
Entre sus tallos á encendida rosa,
Con altivo placer así esclamaba:

«¿Qué vale á esta infelice su belleza,
Ni su aroma divino si le exhala
Tan solo para mí, y en mi aspereza
Oculta vive su brillante gala?

¿Si ni las flores vé, ni en el estío
La fresca lluvia de la aurora siente,
Ni el sol ansiado en el invierno frio
Jamás calienta su aterida frente?

Matizánme sus hojas, y aun su aliento
Júzgale el campo mio; al aspirarle
Connigo juega cariñoso el viento
Embriagado en la dicha de gozarle.»

Calló la ortiga: en tanto los colores
El jardinero de la rosa observa,
Y arranca, sonriéndose las flores,
Mústia y corrida, la insensata yerba.

Nunca, lector, imites á la ortiga,
Dando por tuyo lo que ajeno fuere;
Que el mundo luego con crueldad castiga,
Y entre silbidos lo robado muere.

JOSÉ FERNANDEZ ESPINO.

LAS COSAS INÚTILES,

POR

EMILIO SOUVESTRE.

(Conclusion.)

Padre é hijo se sentaron á la mesa, en la cual continuó la conversacion sobre el mismo asunto. Camilo reveló con entera libertad las opiniones que debia á su tio Berker, porque este le habia enseñado á ser sincero: solamente que esta sinceridad dimanaba menos, en casa del anciano economista, de la adoracion á la verdad, que del amor á lo útil. Mr. Berker encomiaba la línea recta, no porque fuese recta, sino porque sabia que era corta. Para él, la mentira era un cálculo falso, el vicio una mala imposicion, la pasion un gasto exagerado. En todas las cosas, la utilidad era la suprema ley; y de aquí resultaba esa dureza que se notaba hasta en las buenas acciones del anciano; sus virtudes no parecian mas que problemas bien resueltos.

Camilo habia adoptado la doctrina de su tio con ese entusiasmo que la juventud emplea en aceptar lo absoluto. Reduciendo por grados todas las cosas á esta terminante pregunta: *¿para qué sirve esto?* su modo de razonar—que

confundia con su razon—habia reducido los deberes sociales á simples proposiciones matemáticas. Curado, como él decia, de la *enagenacion mental llamada poesia*, habia calificado la vida á la manera de aquel célebre judío que raspó un cuadro del Ticiano, á fin de poseer una tela que *serviese para cualquiera cosa*.

Mr. Berton escuchó el relato de sus opiniones sin demostrar descontento ni impaciencia. Opuso algunas objeciones que su hijo refutó victoriosamente, aparentó estar admirado de sus razones, y no se separó de él hasta despues de haber declarado que volverian á hablar del asunto.

Al dia siguiente y en los sucesivos, Mr. Berton promovió, en efecto, la conversacion sobre él, cediendo por momentos como un hombre que adquiere la persuasion. Camilo, constituido en profesor de su padre, se exaltaba en el desempeño de su extraño papel y acrecia su elocuencia al observar sus triunfos. Por último, viéndose obligado á ausentarse para visitar á algunos parientes establecidos en aquellas cercanías, dejó á Mr. Berton completamente convertido.

Su ausencia duró ocho dias, cuyo tiempo bastó para que brotaran las hojas de los árboles y florecieran los campos. Cuando volvió á la casa de su padre, la primavera se ostentaba por todas partes en su naciente esplendor. Las golondrinas se cernian en el azulado cielo lanzando gritos de alegría; los cantos de los campesinos contestaban desde sus hogares á los de los pastores extraviados en los eriales, y la dulce brisa, que mecía los verdes trigos, esparcía por do quiera los perfumes de los oxiacantos, de las primulas de jardin y de las violetas.

A pesar de su insensibilidad sistemática respecto de la poesia, Camilo no pudo desentenderse completamente de la que le ofrecía la creacion al despertar. Quizá sin advertirlo, se dejó arrastrar por los atractivos de aquella alegre y naciente vegetacion, de aquellas sencillas y purísimas canciones, de aquellos deliciosos y penetrantes perfumes: una emocion involuntaria le dominó y llegó á la casa con el alma embargada de un dulce y vago sentimiento.

Encontró á su padre en medio del parterre que servia de patio de entrada.

Mr. Berton estaba rodeado de trabajadores á los cuales hacia cortar las flores y arrancar los arbustos. Dos lilas que con su tupido y perfumado ramaje prestaban sombra á las ventanas del piso bajo, acababan de ser destruidas y convertidas en haces.

Camilo no pudo contener un grito de sorpresa que se escapó de sus lábios.

—¡Calla! ¡Eres tú!... dijo Mr. Berton viendo á su hijo: me alegro, por que no podias llegar con mas oportunidad: vas á gozar de tu triunfo.

—¡De mi triunfo! repitió Camilo sin comprender las palabras de su padre.

—¿No querias que yo fuese tu discípulo? continuó el propietario de Ribeuville: yo he reflexionado despacio acerca de lo que tú me has dicho, querido, y al fin he podido comprender que el tío Berker y tú teniais muchísima razon. Es preciso descartar de la vida las cosas inútiles. Así, pues, las flores y los arbustos son en un jardin lo mismo exactamente que los poemas en una biblioteca; y como decias con mucho acierto, ¿de qué puede servir un poema? Yo me he convencido, gracias á tus razonamientos, de que no puede servir mas que para hacer fuego, como las lilas!... Pero ven, ven y verás los cambios que he introducido en casa, siguiendo tu magnífica doctrina: ven y te persuadirás de que he empleado provechosamente tu ausencia, y espero que aprobarás mi conducta y estarás contentísimo de ella.

Apenas hubo pronunciado estas palabras Mr. Berton, pasó con aire familiar uno de sus brazos por el de Camilo y entró con él en la casa.

El vestíbulo estaba desembarazado de las curiosidades que le llenaban, y en su lugar habia algunas perchas, escupideras y armarios. Todos los dibujos y pinturas que adornaban el salon habian desaparecido tambien, y las paredes, completamente desnudas, habian sido blanqueadas con cal. Muebles lisos rectangulares y muy unidos, reemplazaban las sillas del tiempo de Luis XIII, las mesas góticas y los armarios del renacimiento que se veian allí poco antes.

Mr. Berton fijó en su hijo una mirada indagadora.

—Vamos, dijo; se me figura que ahora no me acusarás de que hago el menor sacrificio por las maravillas frívolas del arte: nuestro salon ya no tiene mas que sus cuatro paredes, cuya utilidad nadie

podrá disputar. Por lo pronto, ya tenemos aquí un magnífico granero, ó si no un almacen para guardar las herramientas del campo.

Camilo quiso aventurar algunas objeciones, pero su padre le impidió hablar recordándole el anatema pronunciado contra el *papel ennegrecido y los lienzos embadurnados que jamás habian sido provechosos para la humanidad.*

Y no se crea que las trasformaciones habian invadido el salon únicamente; la casa entera las habia sufrido y no pequeñas. Lo que tan solo servia para agrandar habia sido sacrificado sin compasion: todos los objetos tenian para lo sucesivo una aplicacion constante y positiva; en una palabra, lo agradable habia cedido el puesto á lo necesario.

Mr. Berton, que habia enseñado las reformas á su hijo con orgullo, advirtió á este que todavía pensaba hacerlas mas estensas. Así que acabaran de destruir el parterre habia pensado en convertirlo en patio y en estercolero su jardin botánico, no habiendo fijado aun el nuevo destino que debia dar á su observatorio, porque dudaba si poner en él un palomar ó un molino de viento.

Camilo, estupefacto en vista de la exageracion de la reforma, pero conteniéndose al recordar los principios que él mismo habia profesado, y no pudiendo condenarla, se abstuvo de aplaudirla.

Deseando salir, por último, de la embarazosa situacion en que se hallaba, hablando de otra cosa, preguntó á su padre si durante su ausencia habian llegado para él unas cartas de Inglaterra.

—Si que han llegado, contestó Mr. Berton; pero como tú no tienes ningun negocio pendiente allá, no las he querido recibir.

—¿Qué decis? exclamó Camilo: y yo que esperaba noticias de uno de mis mejores amigos, que me habia prometido al separarnos que me tendria al corriente de la cuestion de Irlanda!

—¡Báh! repuso Mr. Berton con indiferencia: ¿qué placer puedes tú encontrar en ocuparte de cosas que están fuera de tus alcances? ¿La Irlanda no es para tí lo que eran para mí los astros? Ni sus revoluciones te han de reportar ningun provecho, ni puedes cambiar el orden de los sucesos.

—¡Pero tengo el interés de mis simpatías! objetó el joven.

—¿Y de qué pueden servir las simpatías ni á tí ni á la Irlanda? preguntó tranquilamente Mr. Berton; ¿piensas, por ventura, que tus previsiones van á influir en su destino, que tus deseos les presten algun socorro?

—Yo no he dicho eso.

—El gasto de los portes de las cartas ¿te proporciona alguna utilidad?... Si dices ahora que sí, sería condenarte á tí mismo.

Camilo se mordió los labios; véiase vencido con sus propias armas, y esta circunstancia aumentaba su ira. La rigurosa aplicacion de sus doctrinas parecia ser un castigo. Por lo tanto, disimuló su disgusto, y sin atacar los principios, se puso á censurar en detalle las mudanzas proyectadas ó cumplidas; pero Mr. Berton todo lo habia previsto y para todo encontraba respuesta: en fin, Camilo, como última de sus objeciones, alegó que el parterre no podia convenir á su nuevo destino, porque un patio debia estar embaldosado.

Su padre se dió un golpe en la frente.

—¡Qué diablo! ¡Tienes muchísima razon! gritó; pero justamente tengo para eso una cosa que nos viene como de molde; unas baldosas de seis pies.

—¿Dónde? preguntó Camilo.

—En el cementerio de la capilla están las losas mortuorias de nuestros antepasados que para nada sirven...

—¿Y pretendéis embaldosar con ellas?

—¿Por qué no? Acaso te van á enternecer ahora esas piedras antiguas, ó te inspiran algun interés las muertas generaciones?

—¡Ah! ¡Ya basta! gritó Camilo; creo que no hablais con formalidad, padre mio! porque no puedo suponer que creais que los instintos, los gustos y los sentimientos deban estar sometidos á la repugnante aritmética del interés: vos no podeis intentar que el alma humana se transforme en un libro de partida doble en el cual las cifras solas resuelven. Yo lo comprendo todo: esto es que habeis querido darme una leccion.

—O mas bien presentarte un ejemplo, dijo Mr. Berton tomando la mano de su hijo. Yo he querido demostrar á donde conducen las doctrinas del tio Berker, y en qué desnudez lo deja todo la abundancia de las cosas puramente útiles. No olvidéis jamás la santa máxima que

has oido repetir en tu infancia: *El hombre no vive solamente del pan*; esto es, de lo que es necesario á su vida material. El hombre tiene necesidad además de todo lo que alimenta al alma; y por consiguiente tiene necesidad de la ciencia, de las artes, de la poesia. Lo que tú llamas *cosas inútiles*, son precisamente las que dan el valor á las *útiles*; estas alimentan la vida, aquellas la hacen amar. Sin ellas, el mundo moral llegaria á ser parecido á un campo sin verdor, sin flores y sin pájaros. Una de las mas notables diferencias, que distinguen al hombre del bruto, es precisamente la necesidad de un superfluo inmaterial, que prueba nuestras aspiraciones mas elevadas, nuestra inclinacion hácia lo infinito, y la existencia de esa parte de nuestro sér que busca su alimento, mas allá del mundo real, en los supremos goces del ideal.

(Traduccion.)

JOSÉ MARCO.

MODAS.

Ardua por demás es la mision, que nos hemos impuesto, de hacer saber á nuestras suscriptoras todas las novedades de la moda, dándoles al mismo tiempo algunos sanos consejos que las aparten de las exajeraciones ridículas y de los gastos enormes que suelen traer sus preceptos.

Pero no importa: siempre hay algo nuevo, agradable, lindo y sencillo que ofrecerles: tampoco dejaremos de mencionar las ricas confecciones y los suntuosos adornos, porque entre nuestras favorecedoras hay damas que, por su alta posicion, pueden usar las galas mas costosas.

Empezaré, pues, haciendo mencion de los trajes de terciopelo, tan ricos y tan sencillos á la par.

Se usan, sobre todo, para convite, y en ese caso son preferidos los colores oscuros como rubí, verde, azul turquí y negro.

Para la reina de Prusia, una de las damas mas elegantes del mundo civilizado, se acaban de confeccionar cuatro en Paris, de todos los colores indicados.

El rubí y el verde están orlados de grandes conchas de encaje negro, retenidas por medallones pequeños de pasa-

manería, que rematan en lindas borlitas.

El negro lleva una ancha tira de piel de marta, y el turquí dos anchos flecos, y en el espacio, que dejan entre sí, una rica greca de pasamanería.

Y ahora que os he hablado de esas costosas galas, os explicaré otros trajes menos suntuosos, pero no menos bellos.

Ante todo, os prevengo que las dos faldas vuelven á estar tan en favor, que así que pase el frío, no veremos otra forma.

Sin embargo, un traje con falda doble necesita para que sea gracioso y distinguido, mas condiciones que otro cualquiera.

Si la primera falda es demasiado ancha, la segunda sienta mal.

Si la segunda es corta, queda la primera en extremo desairada.

Para nada es tan preciso el justo medio, y el calcular acertadamente el vuelo del vestido.

Esta forma, que se adoptará muy en breve para telas de entre-tiempo, es del todo inútil para las telas fuertes y de mucho cuerpo.

Cuando se hacen trajes ricos, las dos faldas se simulan cortando la única en su mitad, y añadiéndole un ancho volante poco fruncido y cuya pegadura se cubre con un rizado de cinta de un color adecuado: en este caso se hacen de grós de dos tonos, ó de grós la media falda superior, y la inferior de terciopelo.

Hoy se adornan las faldas de los vestidos de otra manera cómoda y elegante, que facilita su reforma, sobre todo cuando son escasos de vuelo.

Este adorno se reduce á poner en la costura de cada paño una tira de glase de un color que le diga bien, orillada por ambos lados de una puntilla de seda negra, estrecha y puesta plana.

El bajo se guarnece con otra tira igual aunque mas ancha.

Los cuerpos siguen haciéndose de aldetas por detrás, y con mas aceptación, de aldetas todo al rededor.

Es decir, que sale una aldetas de la espalda, otra de cada costadillo, y otra de cada lado del pecho: esta forma es muy nueva y muy linda, sobre todo para las señoritas delgadas.

Para sociedad de confianza, he visto algunos de punta por detrás y por delante, con un pequeño escote cuadrado

y guarnecido de un fleco de madroños.

En cuanto á los sombreros, bien se puede asegurar que su volúmen se ha reducido á una mitad, y que la tendencia es á ser cada dia mas pequeños: todos forman punta en la frente, y están adornados de plumitas ó de ramos de rosas entre conchas de blonda.

El género escocés tendrá un reinado muy corto, segun va decayendo: esto consiste en que los tejidos se hacen hoy de bajo precio para nivelar este capricho de la moda con todas las fortunas, ventaja que durará poco porque le ha hecho perder toda su distincion.

En nuestro próximo número, os hablaré, queridas lectoras, de abrigos, y de trajes y prendidos de baile, artículos todos muy importantes en la estacion presente, en que las damas son crisálidas, que solo por la noche se convierten en mariposas.

PAMELA.

Explicacion del pliego de patrones que se reparte con este número.

Cuerpo con aldetas todo al rededor para señora.

LADO NÚMERO 1.

Número 1. Delantero.

Número 1. bis. Aldeta cortada separadamente, que se une al pecho, para que forme el entre de la cintura y se junta despues con el costadillo.

Número 2. Mitad de la espalda.

LADO NÚMERO 2.

Número 3. Costadillo.

Número 4. Manga fruncida hácia la sangría bajo la parte que descende.

El jockey (hombreira) está cortado de la misma manga: en lo alto, se forman igualmente algunos pliegues debajo del jockey.

Por todo lo he firmado,

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA 14.